



200

EL SALVADOR

del Bicentenario

COMISIÓN NACIONAL BICENTENARIO

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

ir y venir

Migración e identidades en El Salvador



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES



ir y venir
Migración e identidades en El Salvador



COMISIÓN NACIONAL BICENTENARIO
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Contenido

6	Presentación
8	Prefacio
14	Introducción
16	I. Período Precolombino
16	I.1 Migración y mestizaje en El Salvador precolombino
18	I.2 Dinámica del período preclásico
19	I.3 Nuevas relaciones
20	I.4 La migración pipil
32	II. Período Colonial
32	II.1 Período de dominación española
42	III. Período Republicano
	III.1 Inicios del siglo XIX
46	IV. Período finales S. XIX y S. XX
46	IV.1 Finales del siglo XIX
49	IV.2 Época contemporánea
63	V. Identidad





Ing. Hugo Roger Martínez
Ministro de Relaciones Exteriores
Director Nacional Comisión Bicentenario El Salvador

Coordinación General:

Ana Magdalena Granadino
Directora General de Cultura
Ministerio de Relaciones Exteriores

Coordinadores adjuntos:

Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura
Museo Nacional de Antropología

Curadores de la muestra:

Rodolfo Molina
Rafael Alas
Gregorio Bello Suazo

Asesoría histórica:

Carlos Cañas-Dinarte

Coordinación editorial:

Claudia Allwood
Lygia de Cisneros

Diseño y diagramación:

Punto Creativo

AGRADECIMIENTOS

Nuestros agradecimientos a los coleccionistas
privados que han prestado obra para la exhibición
IR y VENIR :

Rafael Alas
Antonio Alfaro
Adela C. de Allwood
José Luis Cabrera
Isabel De Sola
Pedro Escalante Arce
Madeleine Imberton
Janine Janowski
María Beatriz Lima
Ana Lynn de Lima
Edgar Lindo Lecha
José Panades



A los artistas:

Carlos Barrios

Nicolle Schwartz

Antonio Romero

Romeo Galdamez

Walter Iraheta

German Hernández

Ricardo Carbonell

A las siguientes instituciones:

- Asociación INAR,

Museo de Arte Popular de El Salvador

- Asociación Museo de Arte de El Salvador

Museo de Arte de El Salvador, MARTE

- Secretaría Nacional de Cultura a través de:

Museo Nacional de Antropología David J. Guzmán

Sala Nacional de Exposiciones SALARRUÉ



Presentación

El Ministerio de Relaciones Exteriores, a través de la Dirección General de Cultura, se complace en presentar la muestra IR Y VENIR, MIGRACIÓN E IDENTIDAD EN EL SALVADOR, una exposición que pretende estimular la reflexión, a través del arte, sobre la constante formación y transformación de la identidad cultural salvadoreña a lo largo de la historia.

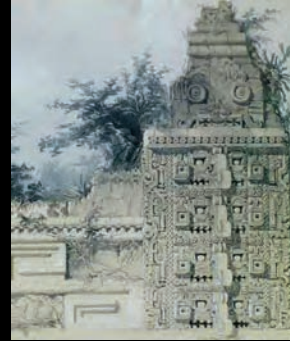
La realidad migratoria de El Salvador ha implicado la ruptura de paradigmas y conceptos tradicionales hacia una cultura que trasciende fronteras, que se enriquece con el contacto de otras culturas y que esta en constante cambio. IR Y VENIR refleja esta dinámica desde la época prehispánica hasta nuestros días a través de una extraordinaria colección de obras artísticas.

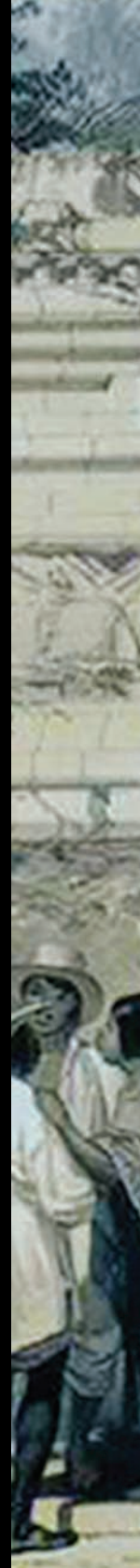
Esta actividad forma parte del programa de eventos que esta Cartera de Estado impulsa en el exterior, en el marco del Bicentenario de Independencia que del 2010 al 2011 celebramos varios países de Latinoamérica.

Hugo Roger Martínez

Ministro de Relaciones Exteriores

Director Nacional Comisión Bicentenario El Salvador





Prefacio

Desde la época prehispánica, diversos fenómenos migratorios se han sucedido, por causas distintas, en la región centroamericana, que ha sido vista como un corredor de paso o como un lugar de transformación y asentamiento por grupos humanos procedentes de México, Europa, la misma área ístmica y otras partes del planeta, a medida que se fueron entablando relaciones con esas naciones y territorios.

Con remotas raíces hundidas en tiempos milenarios, fueron las guerras, erupciones, terremotos y otros fenómenos humanos y naturales los hicieron que cientos y quizá miles de personas se movilizaran desde lugares distantes y buscaran asentarse en el suelo ahora salvadoreño. Así arribaron los mayas, lencas, pipiles, pok'omames, chorotegas y otros grupos étnicos que, en diversos momentos de la historia, edificaron acá sus civilizaciones y culturas, a la vez que buscaron defender sus fronteras de la presencia de otros grupos. De esa manera fueron surgiendo las aldeas, cacicazgos y señoríos indígenas, cuyos vestigios ahora aparecen poco a poco, a medida que la casualidad urbana o las investigaciones arqueológicas planificadas los sacan a la luz del día y, por ende, los ponen bajo la mirada de las ciencias contemporáneas.

Fue en mayo de 1522 cuando se produjo la llegada de los primeros barcos europeos a las costas de El Salvador. Los conducía el piloto mayor Andrés Niño, quien estaba al servicio del capitán Gil González Dávila y, a su vez, del gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila. A partir de ese momento, le esperaban tres siglos de presencia española al territorio salvadoreño, que para ser administrado pasó a estar bajo la jurisdicción del Reino, Real Audiencia y Capitanía General de Guatemala.

Durante ese largo tiempo, con la cruz y la espada también aparecieron nuevos nombres y apellidos, procedentes de Asturias, Galicia, Andalucía y otros puntos geográficos de España, cuyos gobernantes poco a poco empezaron a dimensionar la extensión total de los dominios que les habían legado Colón y sus tres naves lanzadas a la conquista de la Mar Océana. Y con ello sobrevino la mezcla de sangres, de la cual derivaría un amplio mestizaje, al cual pronto habría de sumarse el aporte genético de los esclavos africanos capturados y comercializados para que prestaran servicios en las plantaciones e instalaciones fabriles de añil y azúcar.

Para la primera década del siglo XIX es cuando se registran las primeras entradas en Estados Unidos de personas procedentes de la Intendencia de

San Salvador y de la Alcaldía Mayor de Sonsonate, los dos territorios pertenecientes al Reino de Guatemala y que serían la base geográfica para la constitución, en junio de 1824, del Estado de El Salvador dentro de la República Federal Centroamericana. Durante esos pocos años que duró esa integración política regional, un número indeterminado de personas llevó a cabo el doble mecanismo de emigración-inmigración por los diversos países de la región centroamericana, debido a las constantes batallas entre los diversos bandos y facciones en pugna, así como por los exilios forzosos y voluntarios que los opositores políticos efectuaban con tal de poner a salvo sus vidas, las de sus familias y sus bienes muebles. De esa forma, El Salvador se convirtió en refugio de muchas familias, pero también en un país que expulsó a otras hacia las naciones cercanas y México.

En 1849, el descubrimiento de grandes vetas de oro en el estado de California (Estados Unidos) motivó el traslado de un indeterminado número de salvadoreños hacia ese territorio norteamericano, así como al istmo de Panamá –una de las rutas de tránsito del este al oeste estadounidense- para efectuar búsquedas directas como gambusinos o para desarrollar otras transacciones comerciales, como la reventa de productos agrícolas a aquellos cientos de esperanzados hombres que lo dejaban todo

atrás para ir en la búsqueda de la “quimera del oro”. Esa fue una migración temporal de trabajadores pobres y de comerciantes a mediana escala. De ese intenso flujo de 49ers no se escapó el joven poeta migueleño Juan José Cañas Pérez (1826-1918), quien tres décadas más tarde, tras pasar por otras peripecias en Guatemala y Nicaragua, llegaría a ser el autor de la letra del Himno Nacional.

Hacia la mitad del siglo XIX, el gobierno salvadoreño comenzó a tomar decisiones legales acerca del fomento y expansión del cultivo del café, en momentos en que las ventas del grano se incrementaban en una Europa sumida en la Revolución Industrial. A medida que la situación política y económica se fue estabilizando en la región centroamericana, tras décadas de guerras e intereses grupales y de caudillos, El Salvador se vio inundado por un número amplio de exiliados, emigrantes y empresarios de diversas condiciones sociales, procedentes de Italia, Alemania, Francia, Palestina, España (sobre todo, Cataluña) y otros puntos del Viejo Mundo, quienes llegaron atraídos por la abundancia cafetalera y la posibilidad de abrir otros negocios vinculados con el agro y la mono-exportación hacia mercados más desarrollados y ávidos de productos artesanales o semi-industriales.

Así, ciudades como San Salvador, Santa Tecla, Sonsonate, Santa Ana, San Miguel y La Unión

pronto vieron como en sus centros urbanos se abrían casas comerciales, residencias y bancos con vinculaciones directas hacia Europa y Estados Unidos, desde donde pronto se comenzaría a importar otros tipos de mercaderías y recursos tecnológicos. En esas localidades, profesionales europeos en música, medicina, fotografía, ferrocarriles, telégrafos, sistemas telefónicos, proyecciones de cine, contabilidad, cerveza, artes plásticas, hostelería y otras disciplinas se trasladaron, radicaron y fundaron sus grupos familiares, a veces con personas oriundas de sus propios países, aunque también hubo vinculaciones matrimoniales con salvadoreños y salvadoreñas. Ni los terremotos, inundaciones, conflictos bélicos u otros fenómenos naturales o sociales lograrían que abandonaran sus tierras y seres queridos en este nuevo espacio del mundo en el que vivirían sus últimos días.

En la actualidad, las personas salvadoreñas descendientes de esa emigración europea y palestina de fines del siglo XIX son muchas y algunas han llegado a detentar los más altos cargos en el gobierno y la empresa privada nacionales. Con venas por las que también corren sangres originarias de otras poblaciones locales y extranjeras, esos descendientes, hombres y mujeres, conservan con orgullo la memoria de sus orígenes étnicos, incluso en la preservación de los negocios familiares, heredados ya a lo largo de

varias generaciones y ampliadas con trabajo tesonero y de proyección nacional, centroamericana y mundial.

Por otra parte, algunas de las más antiguas y linajudas familias de El Salvador comenzaron a vincularse en matrimonio con aquellos recién llegados, con lo que a los apellidos españoles de tiempos de la conquista se sumaron otros procedentes de otras áreas geográficas. Incluso, como parte de los exilios políticos de la segunda mitad del siglo XIX, algunas de esas familias, con dinero y prestigio social, usaron esas relaciones y enlaces con europeos y estadounidense para establecerse en esas naciones mientras duraban los períodos de inestabilidad política, económica y militar en El Salvador. Con el paso de los años, muchas de esas personas retornaron al país y retomaron sus vidas y negocios, pero algunos de sus descendientes se quedaron radicados en sus nuevas patrias y allá sus ramas familiares continúan generando nuevas vidas y haciendo diversos tipos de aportes.

Los efectos de la crisis económica de Wall Street, en 1929, provocaron un descenso en los precios internacionales del café y dos flujos migratorios, sobre todo, de agricultores, desde El Salvador. Una de esas oleadas humanas se asentó en los campos bananeros de la costa norte de Honduras, mientras que la otra se dirigió hacia áreas de otros

cultivos, zonas mineras y astilleros en los puertos estadounidenses de California y Nueva York, donde desarrollaron actividades de trabajo y supervivencia bajo los huracanes del Atlántico o las nevadas del Norte.

De esa manera, comenzaron a desarrollarse las primeras comunidades salvadoreñas en el extranjero ya de manera sólida, las que pronto alcanzarían a estar compuestas por varios cientos de compatriotas y sus familias, quienes pronto buscaron empleos, comprar tierras, construir casas, edificar negocios y, en el caso de los residentes en Estados Unidos, ingresar a las universidades y a las ramas de la armada y ejército. Las primeras remesas familiares comenzaron a ser remitidas hacia El Salvador en este tiempo, primero en cantidades mínimas acompañadas por regalos de temporada, los cuales eran transportados hacia suelo salvadoreño por los poderosos aviones de Pan American Airways y su pequeña competencia regional, Transportes Aéreos Centroamericanos (TACA), fundada en Honduras, en 1931.

Trece años más tarde, la maquinaria bélica de Estados Unidos y su crecimiento económico por la entrada en la Segunda Guerra Mundial provocó la salida de jóvenes, obreros y profesionales, para la zona del Canal de Panamá (adonde se asentaron cerca de 6,000 compatriotas, muchos de los cuales

nunca volvieron sino que fundaron sus familias en aquel país ístmico), ciudades en diversos estados de la Unión Americana y, desde allí, hacia los distintos frentes de batalla de ese conflicto bélico de alcances planetarios. A muchos de ellos, que ni siquiera hablaban inglés cuando se marcharon, les ofrecieron buenas remuneraciones, jugosos seguros de vida y hasta la ciudadanía estadounidense para cuando retornaran, victoriosos, de combatir a las fuerzas militares del Eje Berlín-Roma-Tokio. Fue así como las comunidades salvadoreñas en California y Nueva York recibieron a nuevos integrantes, casi al mismo tiempo en que sus antiguos residentes salían a las calles a apoyar al presidente Roosevelt y a sus decisiones cruciales para el desarrollo de la guerra y su final entre sendos hongos atómicos.

Entre 1944 y 1972, los sucesivos golpes de Estado en el país y la región centroamericana, la guerra contra Honduras y otros hechos de corte político, social y económico provocaron fuertes movimientos de población salvadoreña y centroamericana dentro del área situada entre los istmos de Panamá y Tehuantepec y las islas del Caribe. Muchos países se convirtieron en sitios de asilo y refugio, mientras que otros comenzaron a dimensionar las implicaciones graves que tenía la movilización súbita de grandes contingentes humanos y de sus efectos en las economías y vidas de las naciones. Incluso, la vieja aspiración de moverse hacia otros territorios en busca del sueño de mejorar la calidad de vida y la

economía personal y familiar hizo que muchos obreros salvadoreños dedicados a la construcción se marcharan con destino a Arabia Saudí, donde pronto sufrirían un profundo choque cultural.

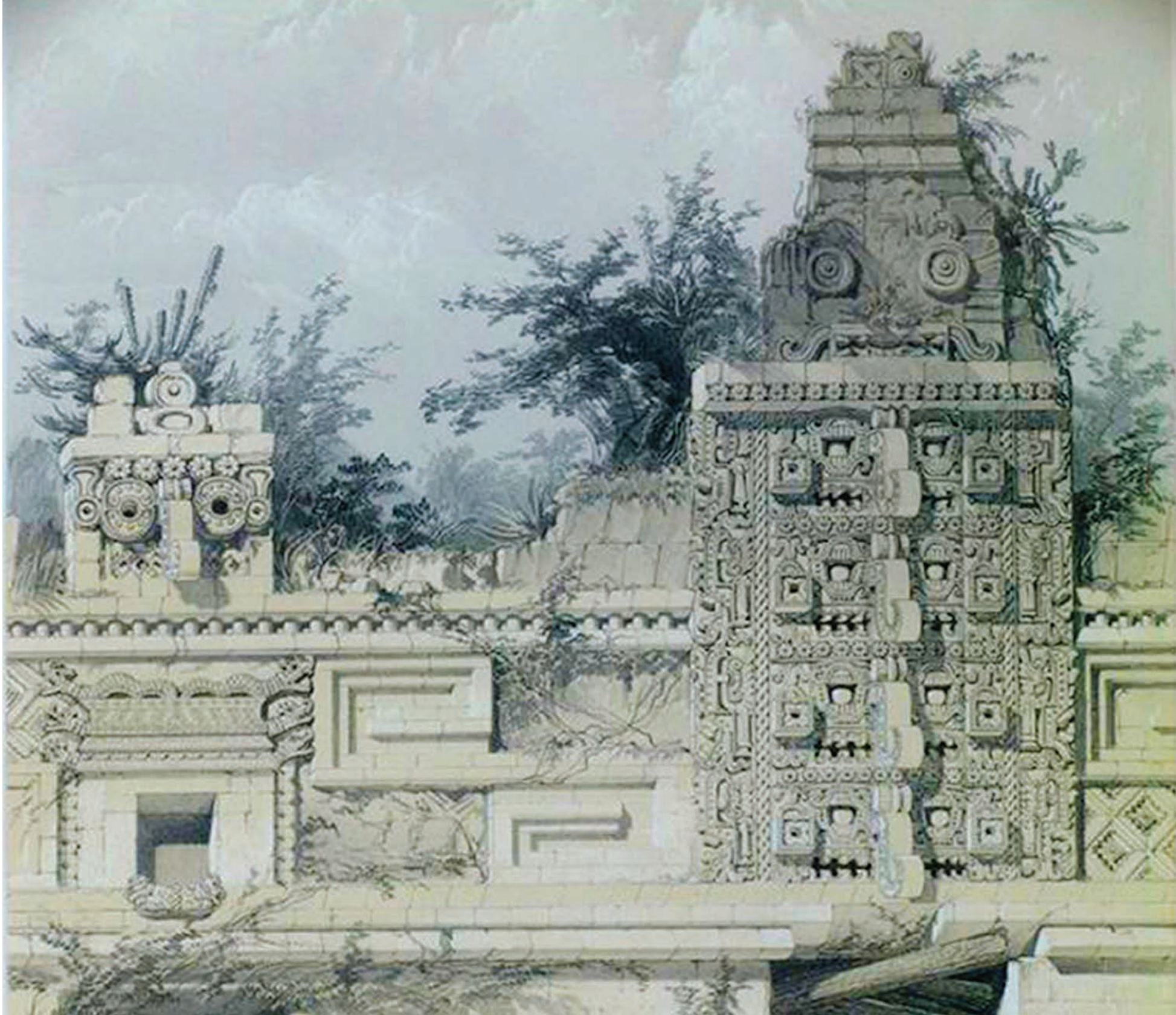
A raíz de la intervención militar de las instalaciones de la Universidad de El Salvador (julio de 1972) y, sobre todo, tras el estallido del conflicto bélico interno (1979-1992), se provocó una fuerte dispersión de población salvadoreña dentro de las regiones mesoamericana y europea, con especiales destinos centrados en Costa Rica (profesionales y obreros), Honduras (refugiados campesinos), México (profesionales y estudiantes) y Francia. Además, la guerra en sí provocó una fuerte migración legal e ilegal de salvadoreños hacia Estados Unidos, en la que los índices migratorios más fuertes se registraron entre 1984 y 1985.

Como parte de sendos gestos internacionales por apoyar la humanización de ese conflicto salvadoreño, países como Australia, Canadá, Francia y Suecia abrieron sus fronteras aéreas para recibir a importantes contingentes humanos procedentes de diversos estratos sociales y quienes viajaron bajo el amparo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Cuba y Nicaragua, por su parte, recibieron a personas y

familias heridas y desplazadas, que estaban siendo sujetas a persecuciones de corte político y militar.

La guerra terminó hace dos décadas atrás. Sin embargo, por causas económicas y de seguridad social y personal, muchas personas continúan yéndose a diario de El Salvador, incluso ante la incertidumbre de marcharse a naciones sumidas en la crisis económica y financiera que ahora impacta al mundo entero. Con esas personas radicadas en países tan distintos como Estados Unidos, España, Francia, México, Italia, Argentina, Qatar, Dubai, Taiwán y muchas naciones más se ha venido consolidando ese país transnacional que es el nuevo El Salvador, ese "nuevo nosotros", esas novedosas identidades locales y nacionales, que ahora se manifiestan en diferentes expresiones culturales (gastronomía, bailes, lenguas, etc.) y que han motivado a algunos artistas nacionales – residentes dentro o fuera del país- a llevar sus reflexiones sobre el tema migratorio a diversos soportes del arte, desde la pintura de caballete, la escultura y la fotografía hasta las más atrevidas y contemporáneas técnicas del arte digital.

Que usted, lector y espectador, se adentre en ese complejo universo histórico de las migraciones y su reflejo en las artes de El Salvador es lo que pretendemos lograr mediante esta exposición itinerante y este catálogo.



Introducción

ir y venir

Migración e identidades en El Salvador

Generación tras generación las migraciones han transformado la vida en el territorio conocido hoy como El Salvador. La migración y emigración internacional además de las migraciones internas han sido asociadas con períodos de convulsión sociopolítica o desastres naturales o bien en busca de nuevas oportunidades económicas. Según las circunstancias, han tomado diversas formas, como voluntarias, forzadas, individuales o colectivas, que han afectado todos los grupos socio-económicos del país. Las migraciones en algún caso han sido temporales o durante pocos años y en muchos otros han sido permanentes. Han involucrado individuos, familias y comunidades enteras. Su tendencia a lo largo de la historia es incuestionable ya como fenómenos recurrentes u otros sumamente peculiares.

Desde tiempos precolombinos, los procesos migratorios por razones comerciales, económicas, políticas, religiosas forzadas por fenómenos

naturales, o por cambios e intercambio de ideas, y da lugar a la absorción de influencias culturales foráneas que han jugado un papel predominante en la conformación de las identidades, transformándolas constantemente. En la época moderna, estos procesos migratorios se muestran con intensidad a inicios del siglo XX y se han acelerado a partir de la década de los ochenta, ello ha influenciando continuamente el modo de ser, sentir y ver las cosas y los hechos que simbolizaban “nuestra identidad tradicional”.

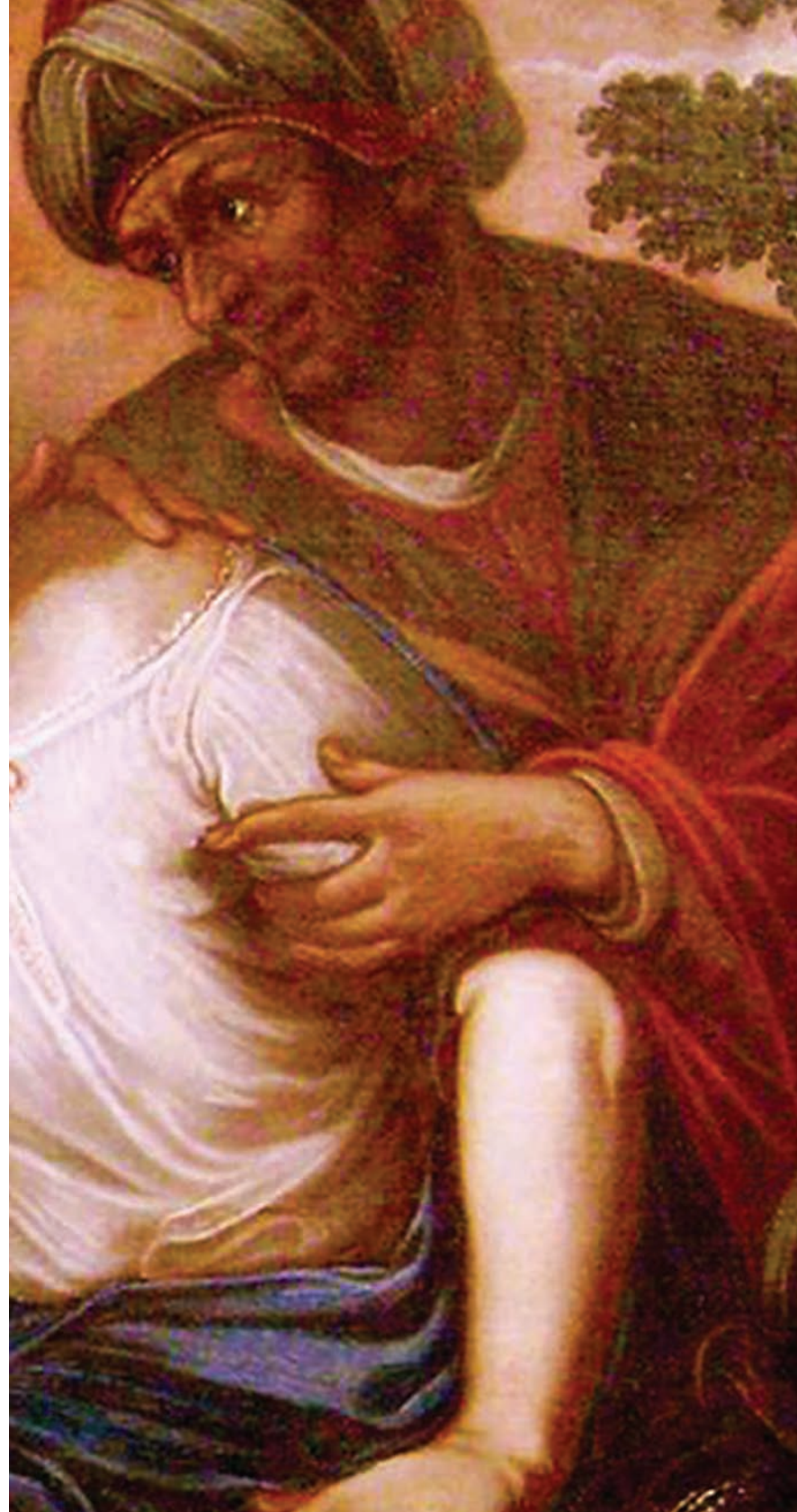
Las nuevas influencias y valores han sido influenciadas por la globalización adoptado por las naciones del mundo; por el acceso inmediato y extensivo a la información sobre la facilidad de movilización y del hecho de que los salvadoreños han asentado sus hogares alrededor del mundo, adoptando nuevas ideas y formas de vida que han



transformado con todo ello sus comunidades de origen. Pronto, muchas de las tradiciones que todavía viven como legítimas "Salvadoreñas" van a desaparecer, ¿Será esto un proceso irreversible?

Las consecuencias de las migraciones en los ámbitos económicos, sociales y psicológicos han sido profundas y transformadoras. Las inmigraciones y la emigración, tanto del campo a la ciudad como de El Salvador hacia el resto del mundo, han sido factores importantes para determinar formas de vida. La migración no se limita al movimiento de personas; muchos otros factores están asociados tales como: crisis familiar, comportamiento desordenado, intercambios tecnológicos, transferencia de riqueza, remesas y la fuga de talentos entre otros.

Si se pretende comprender la situación actual del país o se contemplan acciones al futuro, es esencial documentar y entender estos procesos migratorios, sus causas y consecuencias, se debe reflexionar sobre el sincretismo que nos ha transformado y nos seguirá modelando dentro y fuera del territorio salvadoreño..



I. Período Precolombino



I.1 MIGRACIÓN Y MESTIZAJE EN EL SALVADOR PRECOLOMBINO

Gregorio Bello-Suazo, Director MUNA

La historia de la sociedad en general, es una historia de identidades y de movimientos sociales. De igual manera, en la época prehispánica lo que hoy es el territorio salvadoreño, estuvo signado por el reflujo de pueblos y etnias en constante comunicación; por ese fluir de movimientos sociales y comerciales.

El Salvador formó parte de un puente delgado de tierras que conectaba América del Norte con América del Sur. La influencia de los diferentes pueblos que utilizaron este territorio, ya sea como vía o como asentamiento más o menos prolongado, fue determinante para la conformación de las identidades locales.

En términos geográficos, la región que se extiende desde los ríos Lempa (El Salvador) y Ullua (Honduras) en el norte hasta el río Atrato (Colombia) en el sur (Haberland, 1959: 53-59; Lange y Stone, 1984), se le ha denominado Baja América.

De acuerdo con los documentos contextos arqueológicos, los habitantes de Baja América Central se concentraban en las costas y en las montañas del Pacífico. Se asentaban en las áreas de drenaje de los ríos grandes, a lo largo de las costa segmentadas, o en las mesetas fértiles de origen volcánico. Hablaban varias lenguas de los grupos chibcha, mismumalpa, mangué, tlapaneco, nahuat o maya (Constenla Umaña, 1991; Lehmann, 1920). Estaban organizados en federaciones territoriales o en grupos de parentesco que vivían en pueblos o plazuelas poliétnicos (Werner, 2000).

En su tránsito, los objetos y humanos tenían que superar una ancha extensión geográfica (aproximadamente 1600 kilómetros) y una amplia variedad de ecosistemas redundancia. Por el intercambio intensivo que mantenían los habitantes de América Central con América del Sur y con América del Norte, aprovecharon muchas innovaciones de ambos subcontinentes. De esta manera resultó una integración íntima de tradiciones y civilizaciones diferentes, que se refleja en una cantidad alta de paisajes culturales, grupos étnicos y objetos artesanales (Abel-Vidor et al., 1981; Baudez, 1970).



comercio y la guerra, favorecieron la variedad de patrones culturales regionales, que se revelan en distintos tipos cerámicos y arquitectónicos, en estrategias de sobrevivencia y en redes comerciales. Ciertos elementos diagnósticos que caracterizan las culturas de Mesoamérica y del área andina, aparecen en América Central en formas modificadas que reflejan íntimamente las culturas locales.

Este tránsito obligado del norte al sur y viceversa, implicó un fuerte proceso de mestizaje. A la llegada de los conquistadores, los pueblos nahuat-pipil dominaban el territorio nacional, sin embargo, según Diego García de Palacios, en el Siglo XVI allí se hablaban 8 lenguas distintas.

Con la conquista se destruyen las antiguas creencias y prácticas religiosas locales. Las deidades cristianas fueron identificadas con las deidades de su panteón indígena y así fueron veneradas, identificándose con los héroes mitológicos que les traían su sabiduría y conocimientos. La fusión y mezcla de ritos y creencias tuvo como resultado una religión sincrética, de la cual se conservan vestigios tradicionales en algunas poblaciones indígenas de El Salvador.



I.2 DINÁMICA DEL PERÍODO PRECLÁSICO

Según Sharer (1978), aproximadamente entre los años 1200-900 AC, durante el Preclásico Temprano se realizaron movimientos de población hacia el área que actualmente ocupa la República de El Salvador, la ruta utilizada fue el litoral Pacífico y de allí se movilizaron tierra adentro en el curso del río Paz y se asentaron en el oeste del país.

A partir del año 1500 a.C. se advierte una gran movilidad de los grupos hacia la costa del Pacífico de El Salvador, Guatemala y otras regiones de Mesoamérica. Las relaciones de tipo lingüístico, arquitectónicas y escultóricas y el intercambio comercial (cerámica Usulután y obsidiana) con las tierras altas de Guatemala, muestran un desarrollo cultural que se inició en el preclásico temprano. Es

posible pensar que dicha población llegó al área central hacia el año 900 a.C. en lo que sería el inicio del periodo Preclásico Medio.

Entre 800 y 400 a.C. los olmecas hicieron de Chalchuapa su centro de comercio más meridional desde donde se expandieron hacia buena parte del istmo. En las Victorias, lugar cercano a Chalchuapa, hay figuras en relieve sobre roca volcánica semejantes a las de La Venta, Tabasco, en el Golfo de México.

Posterior al 400 a.C. los mayas de las tierras altas del sur y de los declives del Pacífico de Guatemala empezaron a perfilar su propio estilo de cultura mesoamericana. Los mayas utilizaron la misma ruta de comercio en el Pacífico que los olmecas, desarrollando (o promoviendo el desarrollo de) centros regionales en prósperos señoríos a lo largo de esta ruta.



Chalchuapa mantuvo una fuerte relación con los sitios de las tierras bajas mayas. Estos contactos se hacen evidentes por la cerámica "Usulután", que se distingue por su decoración negativa que se convirtió en una de los principales artículos de comercio en la zona maya. En Quelepa, al oriente del país, en su Fase Upsala (500 a.C.-300 d.C.), se ha encontrado cerámica "Usulután", además de cerámica muy similar a la del occidente del país (Chalchuapa) de las tierras altas de Guatemala (Kaminaljuyú), occidente del Honduras (Copán), y del centro de Honduras (Comayagua, los Naranjos).

I.3 NUEVAS RELACIONES

Todo el florecimiento del Preclásico tardío se vio interrumpido, en ciertas regiones del país, por la actividad del volcán de Ilopango, que hizo erupción hacia el año 420 dC, y la lava y ceniza se depositaron en varios puntos cubriendo terrenos agrícolas, fuentes de agua y asentamientos humanos del centro y occidente y, probablemente, algunos sitios del oriente del país.

Cuando el suelo volvió a adquirir capacidad productiva, el área fue ocupada hacia el año 700 dC por personas portadoras de material cerámico de filiación Maya-Chortí, con vínculos con sitios como los del valle del Motagua, Asunción Mita y Copán. En este mismo período surgieron en el occidente asentamientos importantes como Tazumal que

recibió considerable influencia teotihuacana, Tacuzcalco en Sonsonate, San Andrés en La Libertad y Cara Sucia en Ahuachapán. Este último pertenece a la cultura Cotzumalhuapa, que se desarrolló en la costa pacífica de Chiapas, Guatemala y en trecho del litoral sudoccidental de El Salvador.

Cara Sucia es el sitio Cotzumalhuapa más oriental conocido. Fue recuperado en los inicios del clásico tardío y abandonado entre 900-1000 dC.

Durante los siguientes 400 años (500-900 dC), una segunda esfera de interacción unió las tierras altas del sur de la Zona Central y la planicie occidental del Pacífico con las tierras bajas mayas del sur (cuenca del Paraíso, valle de Chalchuapa, Copán, valle de Zapotitán) Para el año 500 dC. Se vuelve a ocupar el occidente y centro del territorio salvadoreño, cuando grupos mayas-chorti llegaron a colonizar dichas regiones.

El valle del Paraíso, en el norte del país, al igual que Chalchuapa y el Valle de Zapotitlán mantenían contacto con Copán durante el clásico medio y el clásico tardío, lo comprueba la presencia de cerámica copador y ulúa. Por su parte, Joya de Cerén fue ocupada durante el siglo VI de nuestra era y concluyó hacia el año 600 dC debido a los efectos de la erupción del volcán Laguna Caldera.

Un hallazgo excepcional en el interior de la estructura 7, ubicada al sur de la "Acrópolis" y una

de las únicas edificaciones en San Andrés con revestimiento de bloques de piedra, es una ofrenda que contenía una vasija del Petén o Belice, un pedernal excéntrico (quizá de Belice), una espina de manta raya (empleada para autosacrificio) conchas y otros objetos.

El último momento de ocupación de Quelepa, entre los años 625 dC y 1000 dC, las tradiciones arquitectónicas y cerámicas locales fueron reemplazadas por nuevas tradiciones cuyo origen no corresponde al grupo lenca. La alfarería se relaciona más con las tierras bajas mayas y la costa de Veracruz en el golfo de México. Existen también instrumentos musicales de viento, como flautas y ocarinas con bolitas rodantes para variar el tono del sonido, que son representativas del período Clásico de Veracruz.

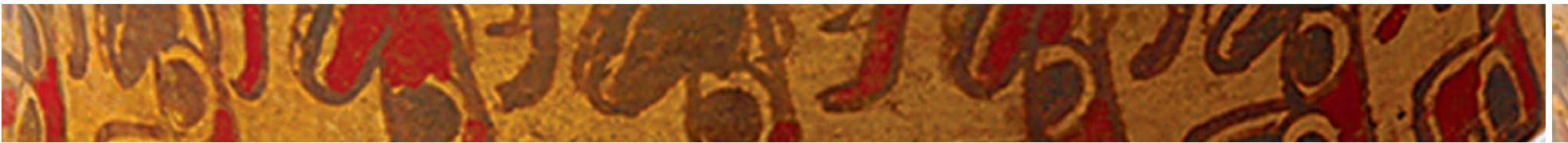
Otro importante elemento que evidencia los contactos con el Golfo de México son los objetos tallados en piedra, yugos, palmas y hachas, que fueron encontrados en un escondrijo. La palma más pequeña muestra una serpiente con la cola emplumada y otra palma es una representación de Quetzalcoatl en su fisonomía de Ehecatl, el dios del viento. Todos están conectados con el juego de pelota, que también indica contactos con aquella zona.

I.4 LA MIGRACIÓN PIPIL

Por ser tan escasa las fuentes documentales sobre los orígenes pipiles, es la arqueología la que puede arrojar luz acerca de su pasado. Posiblemente hubo varias migraciones entre aproximadamente 900 y 1400 dC, que corresponde con los tiempos en que las antiguas sociedades nativas de esta región experimentaron una repentina declinación de población y otros cambios profundos, este fenómeno es conocido como “Colapso Maya”.

La época de la primera migración pipil habría sido por el año 900 d. C. cuando gran parte del centro de México se hallaba bajo el imperio tolteca, con su capital en el sitio conocido como Tula. Las muestras de esa temprana inmigración pipil en El Salvador se encuentran en los entierros del sitio de Loma China, en la región de San Lorenzo en el bajo curso del Río Lempa, considerado como una colonia de comerciantes toltecas responsables del intercambio de obsidiana verde y tipos diagnósticos de finas cerámicas desde el centro de México.

Los pipiles logran trasladar una versión de cultura nahua hasta el actual territorio salvadoreño. Una faceta llamativa de esta cultura trasplantada es la cosmovisión dadas sus raíces mexicanas no es sorprendente que los dioses venerados por los pipiles fueran importantes entre los pueblos nahuas del centro de México.



Entre el 900-1000 d.C. los asentamientos en la cuenca El Paraíso, muestran fuertes afinidades con los mexicanos, que incluye, entre otros indicadores, efigies del tamaño natural de la deidad Xipe Totec, una innovadora tecnología en manufactura de artefactos líticos en obsidiana y pedernal y nuevos tipos de cerámica. En Chalchuapa, se observan varios materiales arqueológicos como la escultura de Chac Mool, encontrada en Laguna Seca, una escultura efigie de jaguar encontrada en Casa Blanca, la estela de Tazumal y una escultura de Xipe Totec entre otros. También hay presencia de obsidiana verde procedente del centro de México (Pachuca), cerámicas de comercio como son tohil plumiza, nicoya policroma, y punta de proyectiles bifaciales. Se han encontrado restos de cerámica policroma MixtecaPuebla la cual se extiende hasta la conquista.

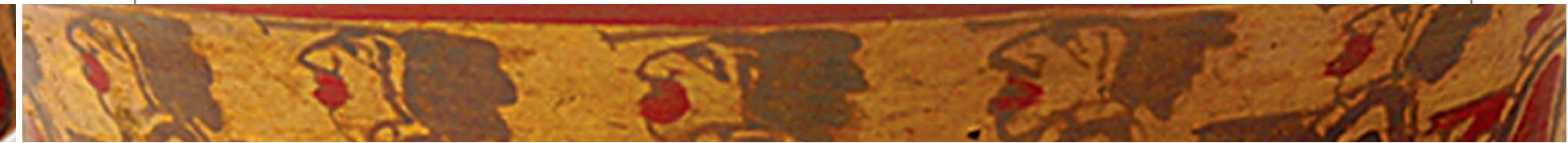
Los sitios Cihuatán y Santa María, fueron colonizados originalmente alrededor del año 900 d.C. por un grupo que construyó plataformas de templos en forma de T, pirámides de composición talud-tablero y juegos de pelota en forma de I, todos estos rasgos “derivados de las tierras altas centrales de las regiones costeras del Golfo de México”.

En la conquista de Centroamérica, los españoles se sorprendieron al encontrar pueblos “mexicanos”. Después de dominar a los aztecas y sus vecinos en México, los españoles emprendieron la conquista

Máscara olmeca de jadeita / período preclásico
Colección privada



del área de Guatemala y El Salvador; era tan cercano el idioma de los guerreros aztecas que traían los españoles como auxiliares, que no tuvieron problemas en conversar con los pipiles. Ha persistido una confusión entre los pipiles y los aztecas de México, llegando en algunos casos a confundirlos por pertenecer a los grupos nahuas, no es que uno se originó del otro, sino que compartían raíces genéticas comunes que se extendían varios siglos antes de la conquista.





Cuencos negativo Usulután con soportes mamiformes.

Período preclásico

Usulután, El Salvador

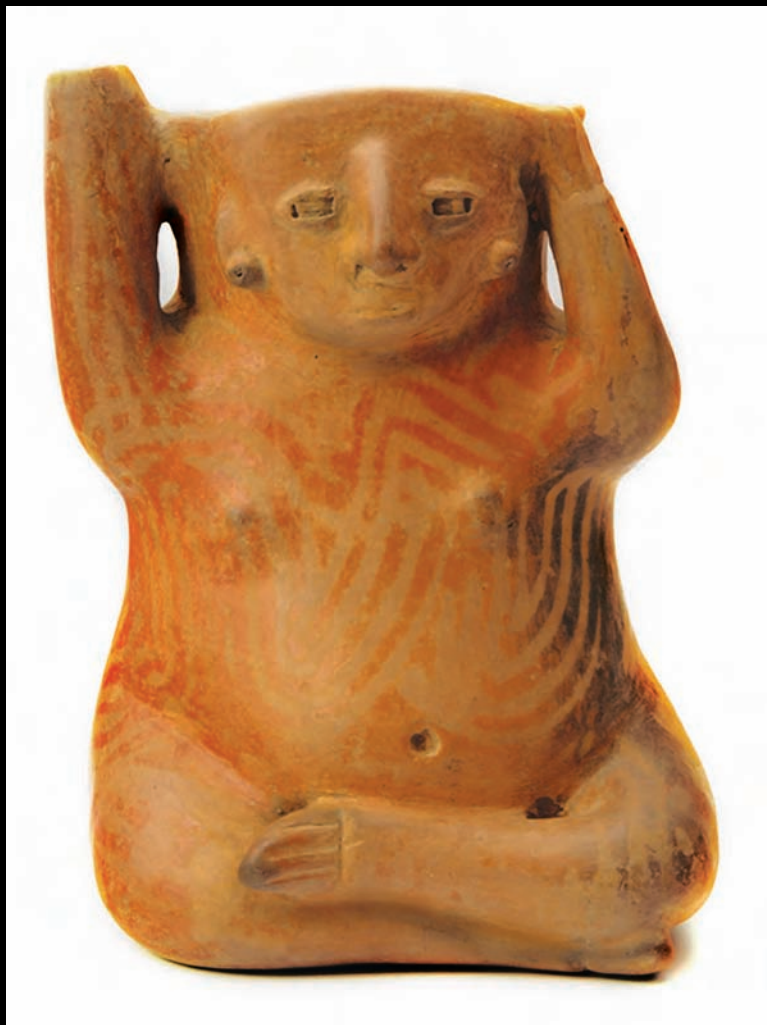
Colección MUNA

Vasos negativos con soportes mamiformes de sonaja

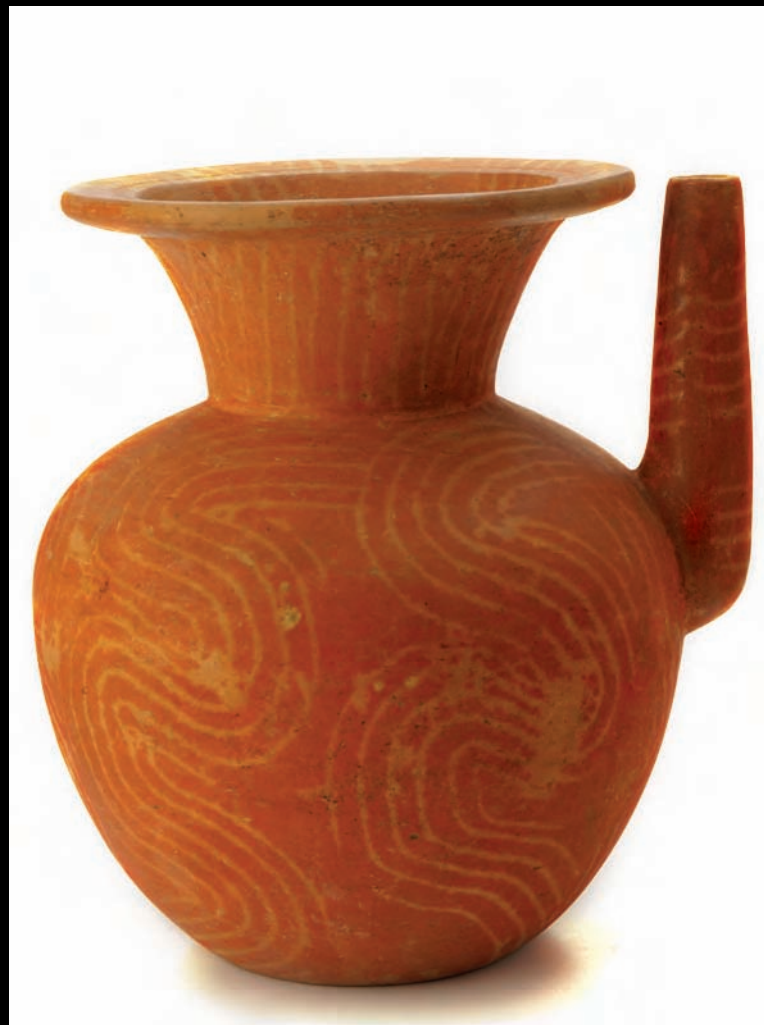
Período preclásico

Colección MUNA





Vasija mujer desnuda
Período preclásico
Colección MUNA



Vasija negativa Usulután Período preclásico
Cara Sucia, Ahuchapán
Colección MUNA



Hacha ceremonial que representa la cabeza de una persona muerta
Período clásico - Quelepa, San Miguel - Colección MUNA



Palma ceremonial con figura de Ehecatl - Dios de viento - Período clásico
Quelepa, San Miguel
Colección MUNA



Cuencos Copador con personas sentadas y diseño de aves en el interior
Periodo clásico
Colección MUNA



Vaso Salúa con diseño de petate
y figuras alargadas
Período clásico - Departamento de Cuscatlán
Colección MUNA



Vaso decorado con la serpiente emplumada
símbolo de Quetzalcoatl
Loma China, Usulután
Colección MUNA



Vaso Salúa decorado con escena ritual
Período clásico
Departamento de Cuscatlán
Colección MUNA



Cuencos Salúa con jaguares
y diseños que semejan pieles
Periodo clásico
San Salvador - Colección MUNA



Sahumador estilo Mixteca
Puebla con soportes
Período posclásico
Madreselva, La Libertad
Colección MUNA



Vasija Copador con forma
de sapo, decorado con
motivos geométricos
Período clásico - Colección MUNA



Olla Nicoya representación del mono - Período posclásico
El Salvador - Colección privada

Vaso Nicoya policromo - Período Posclásico
Loma China, Usulután - Colección MUNA



Figura de zariquella o tacuazín - Período posclásico
Madreselva, La Libertad - Colección MUNA



Botella con figura Tlaloc, Dios de la lluvia
Cihuatán, Aguilares - San Salvador - Colección MUNA



Cabeza de Xipetotec Patrono de los guerreros
Colección MUNA



Cuencos de cerámica Representación de Huehetotl
Dios del fuego
Período posclásico - El Salvador - Colección MUNA



Vasija plomiza de felino cara humana
Período posclásico - Cumbres de Cuscatlán, La Libertad - Colección MUNA



Collar de cascabeles de cobre
El Salvador - Colección privada



Copa cerámica polícroma
Banderas con motivos relacionados con el sacrificio
El Salvador - Colección privada



Vaso con forma de pie muy detallado
El Salvador - Colección privada

II. Período Colonial



II.1 PERÍODO DE DOMINACIÓN ESPAÑOLA

Rafael Alas Vásquez

En 1524, el territorio de lo que es hoy la República de El Salvador, fue invadido por fuerzas españolas que, habiendo dominado al imperio azteca, avanzaban hacia el centro del continente con los objetivos de expandir los dominios de la corona española y propagar el cristianismo, propósito acompañado en muchos casos por móviles muy personales por parte de los conquistadores, tales como el rápido enriquecimiento y el ascenso en la escala social.

Con este proceso de conquista comenzó el período de dominación española, el cual está caracterizado por una complejidad social que no se limitó a las relaciones entre el grupo dominador (españoles) y los dominados (indígenas), sino que también se generaron dinámicas de convivencia e inter-relación con grupos indígenas aliados de los españoles y que también se asentaron en el territorio, así como con la población negra, traída como esclavos.

La conquista y pacificación total del territorio duró varios años, durante ese tiempo el primer

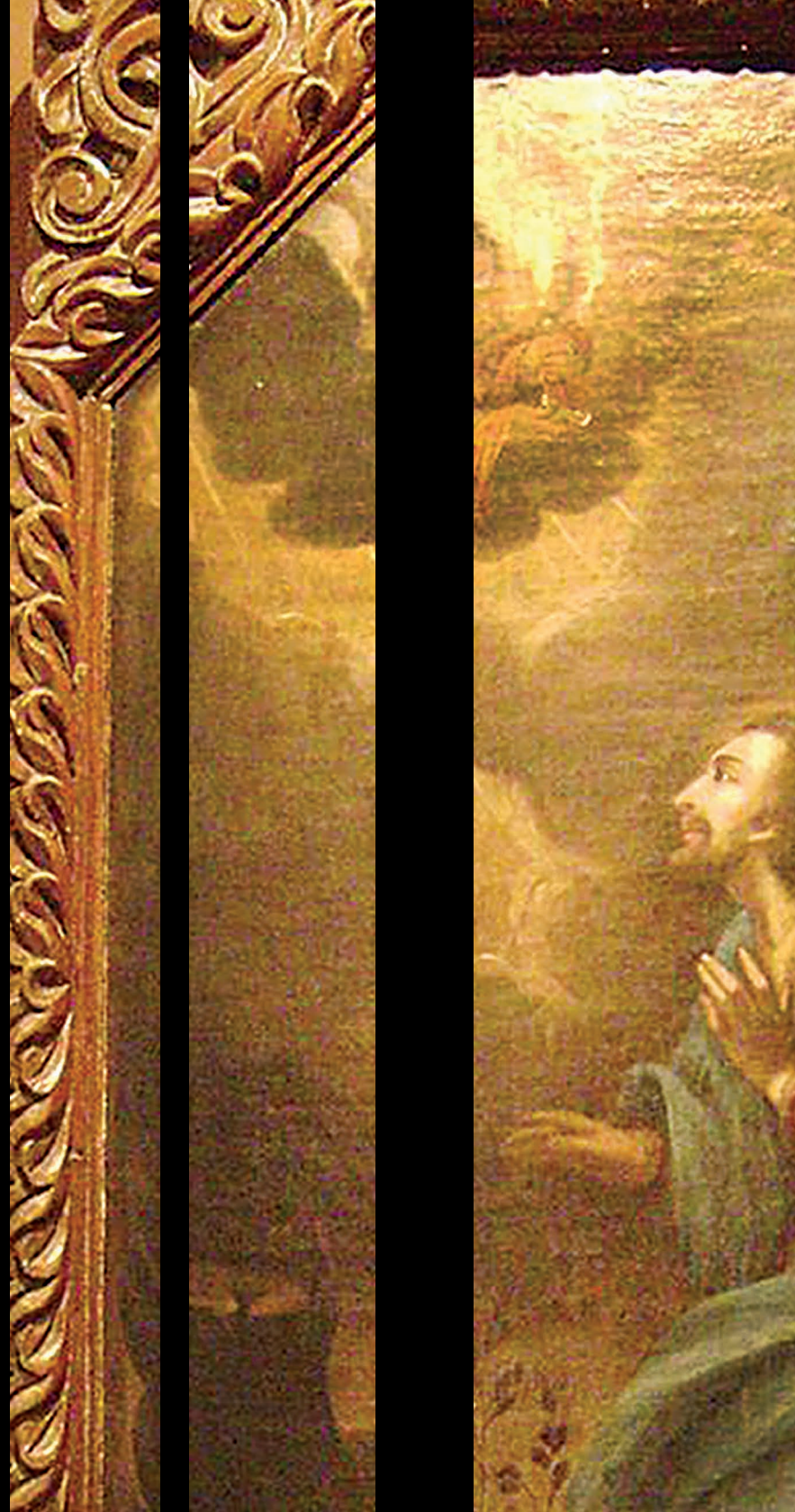
asentamiento de los conquistadores pasó por cambios de ubicación y re-fundación, como prueba de la inestabilidad de la región. El segundo asentamiento de la villa de San Salvador, después de su permanencia inicial en el valle de La Bermuda (Suchitoto) durante 17 años, es gradualmente abandonado por su población, la cual prefiere las condiciones del llamado valle de Las Hamacas, al pie del volcán de San Salvador, que había sido el asiento principal de los grupos pipiles que dominaban el territorio a la llegada de los conquistadores. El desarrollo de este tercer asentamiento fue notoriamente acelerado, de manera que en 1546 se otorgó el título de ciudad a la villa de San Salvador.

Otro asiento del poder español no tardaría en aparecer: en la región de los Izalcos, señalada por su alta producción de cacao, cierto número de españoles son obligados a abandonar las localidades indígenas donde se habían asentado, así fundaron la villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate en 1553 (Escalante, 1992). Ya sea comerciantes o encomenderos, éstos preferían vivir cerca de los poblados indígenas para controlar mejor la producción agrícola o el trabajo de éstos (Browning, 1998); por consiguiente, Sonsonate no iba a ser el único caso en que la corona española,



queriendo evitar abusos de peninsulares y criollos hacia la población indígena, obligara a los primeros a establecerse fuera de las comunidades de los segundos; en 1635, la villa de San Vicente de Austria fue fundada en la zona central del territorio en iguales condiciones (Fernández, 1996).

La explotación del cacao con fines de exportación en la región de los Izalcos caracterizó la situación económica del territorio durante el siglo XVI, período también marcado por la acelerada disminución de la población indígena, principalmente debida a muertes causadas por las pestes y el arduo trabajo al que fue sometida. Ante la falta de mano de obra para el cultivo del cacao, se trajeron indígenas de otras regiones de la Capitanía General de Guatemala, como Verapaz (Guatemala) y Comayagua (Honduras) (Macleod, 1980). Sin embargo, el cambio de hábitat de los indígenas de tierras altas llegaban a trabajar a la costa del Pacífico, provocó notable mortalidad entre éstos, muchos de los cuales ya no regresaron a sus lugares de origen. Aunque este hecho del siglo XVI implicó desplazamientos de fuerza laboral a grandes distancias, la movilización de trabajadores fue muy frecuente en el período de dominación española. Esta práctica de envío de indígenas a trabajar a zonas alejadas de sus lugares de origen llamadas "mandamiento"



(Martínez Peláez, 1998) se prolongó durante muchos años y llegó a ser preocupación de españoles y criollos por diversas razones, dada las consecuencias de afectación a la población nativa.

La corona española promovió la fundación de nuevos asentamientos ya que los funcionarios reales veían con preocupación la dispersión física en que vivía la población indígena, lo cual dificultaba el control de sus miembros. Algunos de estos primeros asentamientos se caracterizaron por acoger grupos indígenas provenientes del altiplano mexicano y del territorio guatemalteco, los cuales acompañaron a los españoles en sus incursiones en tierras salvadoreñas y decidieron establecerse en las recién fundadas villas. Estos grupos edificaron viviendas y conformaron barrios o pueblos reconocidos con el nombre de la procedencia de sus fundadores, de manera que

Sonsonate cuenta con un barrio de Mejicanos, la primitiva villa de San Miguel de la Frontera en el oriente del territorio, también contó con este sector de la ciudad (Escalante, 2001); y en el caso de San Salvador, el pueblo llamado Mejicanos (ahora ciudad y parte del área metropolitana de San Salvador), es prueba de que los aliados de los españoles, en su mayoría tlaxcaltecas, ocuparon también un área del valle de Las Hamacas (Barón Castro, 2002), mezclándose gradualmente con el resto de la población.

En cuanto a los patrones culturales impuestos a la población del continente americano, muchos de ellos fueron determinados por la religión ya que uno de los propósitos del proceso de la conquista era convertir al cristianismo a los pueblos indígenas; es por ello que la producción artística colonial es predominantemente religiosa. Con la relativa



pacificación del territorio, comenzaron a llegar órdenes religiosas, cuyos miembros serían pieza clave para la difusión del cristianismo. Tanto frailes - dominicos, franciscanos y mercedarios- como el clero secular, se preocuparon por la evangelización de los indígenas y vieron en el arte un medio ideal para difundir las ideas y los conceptos de la nueva religión a una mayoría de población que no podía aprenderlos ni entenderlos a partir de la palabra escrita. Para ello era importante contar en el Nuevo Mundo con las representaciones de la nueva religión; es así como en el siglo XVI, las primeras imágenes religiosas son traídas desde España al territorio salvadoreño, mostrando rasgos de los estilos Románico y Gótico, evidentes en la frontalidad, solemnidad y cierta rigidez en las figuras, características presentes en esculturas como la de Nuestra Señora de la Presentación, que se ubica actualmente en el templo del mismo nombre en San Salvador.

Posteriormente artistas europeos llegaron a estas tierras y comenzó también la producción artística local ya que los indígenas fueron instruidos por los frailes de las órdenes religiosas, en la manera de representar a las sagradas figuras del cristianismo. La arquitectura de estos años presentó también influencias de estos estilos, tal es el caso de las ruinas del antiguo templo de Caluco, en el occidente del país, y cuya construcción fue posible por la bonanza económica del cultivo del cacao.

Mientras entre la población indígena iba difundiéndose el nuevo pensamiento religioso, es de destacar la presencia de otro sector de población que vendría a añadir nuevas facetas al fenómeno del mestizaje y del sincretismo de la expresión cultural: las población negra; ésta fue gradualmente mezclándose con los otros grupos raciales, principalmente con los indígenas, aunque al igual que los españoles, se promulgaron leyes que prohibían el asentamiento de negros en localidades indígenas (Markman, 1993). Los primeros registros de esta población traída del Caribe datan del siglo XVI y su llegada fue más frecuente en siglos siguientes, especialmente cuando la corona española prohibió emplear mano de obra indígena en el proceso de elaboración del tinte de añil, debido al trabajo duro que representaba. De acuerdo al historiador Jorge Lardé y Larín, las localidades que llegaron a tener mayor población negra fueron: Ahuachapán, San Vicente, Zacatecoluca y Chinameca . El cultivo y procesamiento de este producto fue importante para la economía durante los siglos XVII y XVIII, después del declive de la producción de cacao; la zona añilera se extendía de la parte central del país hacia tierras orientales y el auge de dicho producto debe de haber generado desplazamientos de población, siendo motivados a obtener ingresos económicos por el procesamiento y comercialización del mismo.

A finales del siglo XVI, las influencias del Renacimiento se harían presentes, tanto en arte como en arquitectura, a través de los elementos del clasicismo greco-romano, el naturalismo y el énfasis en la condición humana para la representación de los personajes sagrados. Muy poco ha sobrevivido en El Salvador de estos ejemplos, ya que los frecuentes sismos que afectan el territorio han causado la pérdida de importantes testimonios en arquitectura, pintura y escultura. A la par de la imagen religiosa, era importante la representación del poder real ya que se necesitaba recordar frecuentemente a la población sometida su pertenencia al dominio español. Es así como los retratos de los monarcas de turno, en pintura o escultura, junto con los símbolos de las dinastías reinantes, eran importantes, por ello se realizaron frecuentemente copias de las representaciones traídas de Europa para que las efigies reales estuvieran constantemente presentes en ceremonias y funciones públicas.

Los últimos años del siglo XVI y principios del siglo XVII están señalados por una acentuada migración de la ciudad al campo (Macleod, 1980), siendo los terratenientes y hacendados quienes permanecen más tiempo fuera de los asentamientos urbanos, para pasar largas temporadas en sus propiedades rurales. Españoles propietarios de obrajes de añil optaron por radicarse cerca de éstos, en algunos casos obligados por

las malas condiciones de los asentamientos, como fue el caso de la ciudad de San Salvador, destruida por un sismo a principios del siglo XVII y con baja población debido a la causa antes mencionada (Macleod, 1980), fenómeno que ya se había dado en situaciones similares en el siglo XVI (Browning, 1998). Sin embargo, no fue la única ocasión en que los desastres naturales condicionaron la migración interna de la población: los residentes de Nejapa, se vieron obligados a establecerse en otro lugar en 1659, debido a una erupción volcánica y en 1762, los vecinos del pueblo de Ateos tuvieron que trasladarse a donde se encuentra la localidad actual debido a una inundación (Lardé y Larín, 2000).

El estilo Barroco se manifestó en el territorio salvadoreño a partir de la segunda mitad del siglo XVII, extendiendo su influencia durante la mayor parte del siglo XVIII, con su énfasis decorativo, dinamismo, dramatismo y su tendencia a conmover e impactar los sentimientos del que lo contempla; ejemplo notable de este estilo es la imagen del Salvador del Mundo, tallada por Silvestre García en la segunda mitad del siglo XVIII. Es de destacar para estos siglos, la notable producción artística (principalmente escultórica) generada en Guatemala, desde donde se exportaban piezas al territorio de El Salvador y a otros lugares del continente. También es importante la producción de retablos o altares elaborados en madera, cuyos



elementos arquitectónicos, esculturas y pinturas reflejaron los estilos artísticos del período.

Los desplazamientos temporales de artistas guatemaltecos deben haber sido frecuentes, considerando el tipo de comisión que recibían por parte de las órdenes religiosas, clero secular y los seglares en territorio salvadoreño, tal es el caso de los retablos, cuyo auge y la fuerte demanda de los mismos por parte de la población deben haber sido causas para que diseñadores de estas estructuras se desplazaran a suelo salvadoreño para su elaboración, ensamblaje de sus piezas o supervisión en cuanto a su manufactura.

La población indígena, con una gran tradición en técnicas constructivas y el trabajo en cerámica, piedra y madera, adoptó hasta cierto grado los patrones artísticos españoles, sin embargo, las influencias de los tipos de representación prehispánica y la referencia al entorno local (y no a elementos europeos) emergieron en ciertas ocasiones. La presencia de la población negra, aunque más débil y con menor tiempo de permanencia en el tiempo que en otras regiones de Centro América, también se manifestó a través de ciertos rasgos culturales que aún persisten, como la utilización de la marimba. Otras aportaciones culturales llegaron a través del comercio, aunque éste sufrió ciertas limitaciones durante todo el período colonial; es así como productos del Lejano Oriente llegaban

al territorio muy esporádicamente a causa de las restricciones al comercio marítimo.

El procesamiento de hierro fue importante a fines del siglo XVIII para la zona de Metapán, al norte del territorio, de manera que ésta experimentó un aumento de población española en poco tiempo (Fernández, 1996). Paralelamente, aumenta la presencia española en el actual departamento de Chalatenango, siempre en la parte norte, mandado a poblar por el Intendente de la provincia de San Salvador con familias provenientes de España (Lardé y Larín, 1957).

No solo motivaciones económicas condicionaron los movimientos de población durante el período de dominación española, la condición del territorio, dependiente en muchos aspectos del asiento del poder español en tierras guatemaltecas, obligó o motivó a algunos sectores a desplazarse a la hoy llamada Antigua Guatemala; algunos debido a la necesidad de completar su formación intelectual y otros a causa de proseguir su formación eclesiástica debido a la presencia de varias órdenes religiosas – con reconocidos centros de enseñanza- en la capital del reino de Guatemala. Desplazamientos en busca de formación artística deben haberse dado, aunque estos casos no han sido documentados.

A fines del período de dominación española y comenzando el siglo XIX, la sociedad colonial recibió las influencias del estilo Neoclásico, el cual



viene a imponerse con la sobriedad ornamental y el regreso al lenguaje clásico, sobre la libertad de formas y el exceso decorativo del Barroco. Para este tiempo, la influencia cultural dominante proviene de Francia, la cual se mantendría a todo lo largo del siglo. Sin embargo, es necesario aclarar que tanto este estilo como los precedentes, llegan débilmente al territorio a través de los grandes centros culturales del período, siendo re-interpretados y adaptados a las condiciones propias.

Todos los hechos planteados anteriormente generan un panorama muy complejo con respecto a la situación migratoria durante este período, profundamente marcado por el mestizaje y la disminución de la población indígena y negra, que continúa manifestando su presencia en los grupos humanos llamados mulatos, zambos y mestizos. La población, experimentando los cambios producidos por las inter-relaciones culturales, se ve expuesta también a las consecuencias de las condiciones ambientales del territorio. En este sentido, los frecuentes sismos, de gran repercusión en la zona costera y central, marcan una situación de temporalidad muy limitada; cada cierto tiempo, un fuerte movimiento de tierra provocó (y lo sigue haciendo) pérdida de edificios y de productos culturales, teniendo la población que volver a reconstruir su entorno.



Atribuído a Jean Ranc (1674-1735)

Retrato de Isabel de Portugal, esposa del Rey Carlos I de España
(copia de la original de Tiziano)

Óleo sobre lienzo - Siglo XVIII - Colección privada



Anónimo - La flagelación y la oración de Jesús en el huerto
Siglo XVII - Óleo sobre lienzo, marco de madera
Colección Privada



Anónimo - Arcángel San Miguel
Siglo XVIII - Madera policromada
Colección privada



Anónimo - Atril con forma de águila
Siglo XVII- XVIII - Madera
Colección privada



Crucifijo de marfil elaborado en Filipinas - Anónimo
Siglo XVIII - Colección Privada



Anónimo - Inmaculada Concepción
Siglo XVI - madera de naranjo
Colección privada



Anónimo - Inmaculada Concepción
Siglo XVIII - Madera
Colección privada



Anónimo - San Jerónimo penitente
Patrono de Nejapa - Siglo XVIII
Madera - Colección privada

III. Período Republicano



III.1 Inicios del siglo XIX

Rodolfo Molina

Las influencias del siglo XIX en Latinoamérica nacieron bajo el fermento del siglo de las luces en Europa, y de los contradictorios movimientos independentistas iniciados por las elites criollas. Se manifiestan como un fenómeno nativo y occidental a la vez. Intelectualmente, la intención de separación de las raíces ibéricas, abre nuevos horizontes, especialmente a los recién descubiertos intereses de la sociedad occidental: la observación directa, el experimento y el análisis racional, las nuevas bases para la realidad gracias a la "edad de la razón" europea que dio inicio, aun antes de la revolución francesa, a un proceso irreversible de secularización del arte y la sociedad.

Las luchas independentistas fomentadas por los criollos centroamericanos, marcan un periodo inestable de cambios y un momento de inseguridad y luchas internas, previamente y durante la conformación de las repúblicas, un periodo de pugna entre unionistas y separatistas y más tarde entre conservadores y liberales.

Para las clases campesinas los cultivos especializados como el añil, y más tarde el café, desde tiempos virreinales, habían representado movilizaciones forzadas, el periodo formativo de la República de El Salvador, se caracteriza por la movilidad interna para la clase indígena y campesina y la movilidad regional principalmente por razones políticas para el sector criollo.

Los primeros setenta años del siglo XIX incluyen hechos como el levantamiento de Anastasio Aquino (Provocado por la movilidad forzada de indígenas debido al trabajo agrícola), una invasión a Nicaragua, y guerra con Guatemala.

El interés por la naturaleza, la ciencia y lo pintoresco estaba en su apogeo en Europa durante el periodo de independencia, y América que había permanecido cerrada por el poder español, comenzaba a abrirse al viajero Europeo que venía con la expectativa de lo remoto y lo extraño. En este periodo se continúa el fenómeno de las grandes expediciones con la finalidad de conseguir información científica y geográfica, algo que había comenzado el trono español a partir del siglo XVI.



D.^a María Martina Pérez, Natural de la Ant.^a
Guatemala se casó año de 1786: nació su primera
hija en 3 de En.^{to} de 37: se llama M.^a Josefa Bre.^{te}

D.^o José María Bregante Natural del Puerto de
Santa María: Murió el 3.^o de Febrero de 1823: de edad de
65 años dejando 4 hijos de su mujer D.^a Martina Pérez: Mar.^a
Josefa, M.^a Asunción, M.^a Antonia, y Juan José.



Retrato familiar - Óleo sobre lienzo
Colección privada



Hostiero (detalle de grabados para realizar relieves en las hostias)
Siglo XIX, hierro - Colección privada



Hostiero (detalle de grabados para realizar
relieves en las hostias)
Siglo XIX, hierro - Colección privada

Anónimo
Escena de cacería
Siglo XIX
Óleo sobre lienzo
Colección privada



Anónimo pintado en Viena
retrato de Elena Jeanna Vanderkerckhore
(Madre de don León Imberton)
Mediados del siglo XIX
Colección privada



Anónimo - Retrato de presbítero
Francisco Aguilar
Óleo en lienzo
Siglo XIX - Colección Nacional



IV. Período finales S. XIX y S. XX

IV.1 Finales del siglo XIX

Rodolfo Molina

En 1844 el equipo formado por John Stephens, escritor y patrocinador norteamericano y Frederick Catherwood, artista inglés, publicaron "Vistas de Monumentos Antiguos en Centro América, Chiapas y Yucatán", el libro contribuyó grandemente a acelerar el interés por la cultura maya durante el siglo XIX.

Esfuerzos como este habrían indirectamente de sentar las bases para una nueva conciencia de "tierra madre" y una nueva visión de cultura e identidad en relación con el continente americano.

Esfuerzos como este habrían indirectamente de sentar las bases para una nueva conciencia de "tierra madre" y una nueva visión de cultura e identidad en relación con el continente americano.

En el aspecto político, el ambiente inestable de la primera mitad de siglo XIX, provocó diferentes tipos de migraciones a pequeña escala desde nuestro territorio, incluyendo la movilización de criollos conservadores a Guatemala tras asumir el poder Gerardo Barrios.

En 1863 Guatemala invade a El Salvador, e instaura al presidente Rafael Zaldivar quien establece con el apoyo a las familias cafetaleras las bases para un sistema político hegemónico a favor de los productores de café,

Desde el principio de la era del Café en El Salvador, la población indígena y campesina tuvo que adaptarse a la importancia del cultivo. Durante el gobierno de Rafael Zaldívar (1876 – 84) se elimina el concepto de tierras ejidales y comunales a raíz de un decreto en 1879 que tenía como finalidad “garantizar” la propiedad privada y eliminar los obstáculos para su transferencia libre. (Browning, El Salvador la Tierra y el Hombre.)

Las nuevas leyes chocaron con las arraigadas costumbres en relación a los usos de la tierra, especialmente con las formas de cultivos de subsistencia, los trabajadores migratorios y los que pastoreaban ganado. En 1907 se da un decreto legislativo que intenta controlar y reclutar a la gente que había sido desposeída de las tierras comunales con la intención de ejercer cierto control sobre los agricultores migratorios. Sin embargo la actitud

ancestral respecto a la tierra que se había mantenido a lo largo de toda la colonia no se podía cambiar rápidamente, la confusión y descontento generado había de culminar en 1932 en una gran rebelión campesina, que estalló cuando la bonanza del café se vio afectada por con la caída de los precios de debido a la depresión que comenzara en 1929 en los Estados Unidos.

Durante el periodo de bonanza (1870 -1930) llega un número de inmigrantes a El Salvador, especialmente de familias europeas, italianos, judíos franceses y españoles debido a la 1ª guerra mundial y la guerra civil española.

Al final del siglo XIX y principios del XX prevalecen las influencias neo clásicas en el arte y la arquitectura, aunque algunas de las manifestaciones locales no dejan de tener un carácter empírico, usan



la simbología característica de la época: la iconografía del panteón griego y romano.

El dinero del café permite realizar a principios del siglo XX obras como el teatro de Santa Ana o el Palacio Nacional, ambos con influencia neoclásica y decoraciones de Art. Nouveau. Para la construcción del Teatro de Santa Ana se contrata en 1907 a la Compañía Durini y Gugliemmi, la cual decoró también el Teatro Nacional de Costa Rica y realizó varios monumentos cívicos y funerarios de estilo neoclásico en Centro América y parte de América del Sur, utilizando mármol y estatuaria traída de Italia. Los detalles pintados al fresco y telón del teatro de Santa Ana fueron obra del artista italiano Antonio Rovescalli, parte de un equipo de artistas traídos por la misma compañía. Son estos algunos ejemplos de la influencia europea presente en el gusto modernista del primer cuarto de siglo, en este periodo también se continua el desarrollo de una pintura académica en el espíritu de los artistas viajeros del siglo XIX que intentaba reportar fielmente escenas de paisaje, costumbrismo o temáticas sociales. Miguel Ortiz Villacorta es un buen ejemplo de artistas de esta indole que empiezan a trabajar temáticas locales que servirían de antecedente a la entrada de las influencias del Realismo Social y el Indigenismo.

México, a partir de su revolución en 1910, había estado trabajando alrededor de la idea de identidad nacional como política de estado, el arte fue instrumental en la construcción de un sentido de

orgullo nacional, el muralismo mejicano adquiere relevancia internacional durante el periodo de los treinta, y México gana importancia convirtiéndose en capital de la cultura en América, no es de extrañar que atrajera a un numero de artistas e intelectuales que posteriormente extenderían su influencia sobre las sociedades latinoamericanas.

En El Salvador, durante esta década comienza el período de las dictaduras militares que habría de durar hasta el final de los setenta, estas se inician bajo el mando del general Maximiliano Hernández Martínez, quien en 1932, habría de erradicar el levantamiento campesino con el etnocidio de unos 30,000 indígenas de la región de Izalco y Sonsonate.

Es importante hacer notar que es en esta década cuando la literatura y el arte salvadoreños comienzan a tratar temáticas rurales bajo las influencias del arte mexicano, con José Media Vides, o con la reinterpretación de otras influencias foráneas en el caso de Salarrue y Ana Julia Álvarez. La caída del café produce dos migraciones importantes de agricultores una a la vecina Honduras y la otra a los Estados Unidos, específicamente a California y Nueva York.

El periodo comprendido entre 1931 y 1979 se caracterizó por la inestabilidad política en El Salvador, por los golpes de estado y los gobiernos militares que siguieron de alguna manera el modelo antidemocrático y represivo establecido por Maximiliano Hernández Martínez, se coartaban y violentaba la

libertad de expresión y de pensamiento. Un momento de pugnas oscilantes entre las viejas guardias militares y los militares jóvenes a veces a favor de los grupos de poder económico, a veces en su contra. Fue la clase militar, quien durante este periodo de 48 años decidió las políticas y el rumbo de los desarrollos económicos y sociales en El Salvador. La inseguridad política y social de este período, provocó movilidad interregional de un número de personas, hay una significativa migración salvadoreña a Panamá y USA durante la segunda guerra mundial especialmente mano de obra joven atraída por oportunidades de trabajo.

Durante los cincuenta se da un importante proceso de diversificación del trabajo y se establece el algodón como el segundo cultivo nacional, en toda la región centroamericana comienza un importante proceso de modernización. Es también en este momento, cuando comienza un cambio importante en la escena cultural salvadoreña, ya que esta asume como suya a la "modernidad". Esto se debió en gran medida a los viajes realizados por un grupo de artistas nacionales, quienes gracias al gobierno del coronel Oscar Osorio, fueron receptores de un programa de becas que apoyaba a artistas para que desarrollasen estudios en Europa. En 1958 Julia Díaz quien había regresado de Francia, abre Galería FORMA como un espacio para la exhibición de arte y primer centro cultural alternativo en

San Salvador, este fue el lugar donde dio principio la cultura y afición por las artes visuales en la sociedad salvadoreña.

Al final de los sesenta, se da el problema armado con Honduras estrechamente ligado a la migración salvadoreña al país vecino, eso provocó el forzado retorno al país de más de veinte mil personas.

Durante los setentas se dan oportunidades de trabajo para mano de obra salvadoreña en Arabia Saudita y otros países del Medio Oriente, pero el principal factor de migración durante esta década tiene que ver con los acontecimientos políticos.

La década de los setenta estuvo marcada por una situación difícil de extrema conflictividad política y social. Después de la intervención de la Universidad Nacional en 1972 y la abierta declaración del conflicto armado en 1979, se inicia una fuerte dispersión de salvadoreños en el área mesoamericana, especialmente a México y Costa Rica, comenzando también la ininterrumpida migración legal e ilegal a los Estados Unidos.

IV.2 Época Contemporánea

Los últimas tres décadas en la historia de El Salvador han estado marcadas por cambios socio políticos, y conceptuales bastante drásticos, el efecto del



drama humano provocado por el conflicto armado todavía se hace sentir, ya que marcó la vida de todos los salvadoreños, quedando demasiados traumas por resolver. La migración es un proceso provocado por la necesidad de salvaguardarse de la violencia indiscriminada, el reclutamiento de jóvenes o menores, la inseguridad general y los problemas económicos provocados por la incertidumbre.

Si bien con la firma de los acuerdos de paz, se regresa a una normalidad relativa, la migración, a partir del conflicto armado se acelera, al grado de volverse parte del "ser salvadoreño", y plantea una nueva identidad multicultural extremadamente confusa y llena de ambivalencia.

El abandono de la pintura costumbrista y rural, así como la introducción de la realidad urbana en las temáticas del arte, comienza con la oleada de migración del campo a la ciudad que provocara el conflicto armado, la posterior migración al exterior de todos los niveles sociales, que propició el advenimiento de nuevas influencias foráneas. El arte tiende a evidenciar cada vez más, la globalización que se está dando en todos los aspectos de la sociedad salvadoreña.

A partir de los ochenta, los artistas jóvenes salvadoreños, tratan de dar un salto del modernismo al arte contemporáneo, sin haber pasado por los procesos post-modernos intermedios que tuvieron

otros países. Es por esto que aparecen de pronto cambios drásticos en la estética de la nueva producción salvadoreña y el creciente interés por las nuevas tecnologías aplicadas al arte.

La temática urbana es producto del impacto de la migración, obras que expresan el anhelo de emigrar, la idea de la "otroridad", o imágenes que implican violencia social urbana, están directamente relacionadas con el factor migratorio.



José Mejía Vides - Lavanderas
Técnica mixta - Cerca de 1940 - Colección privada



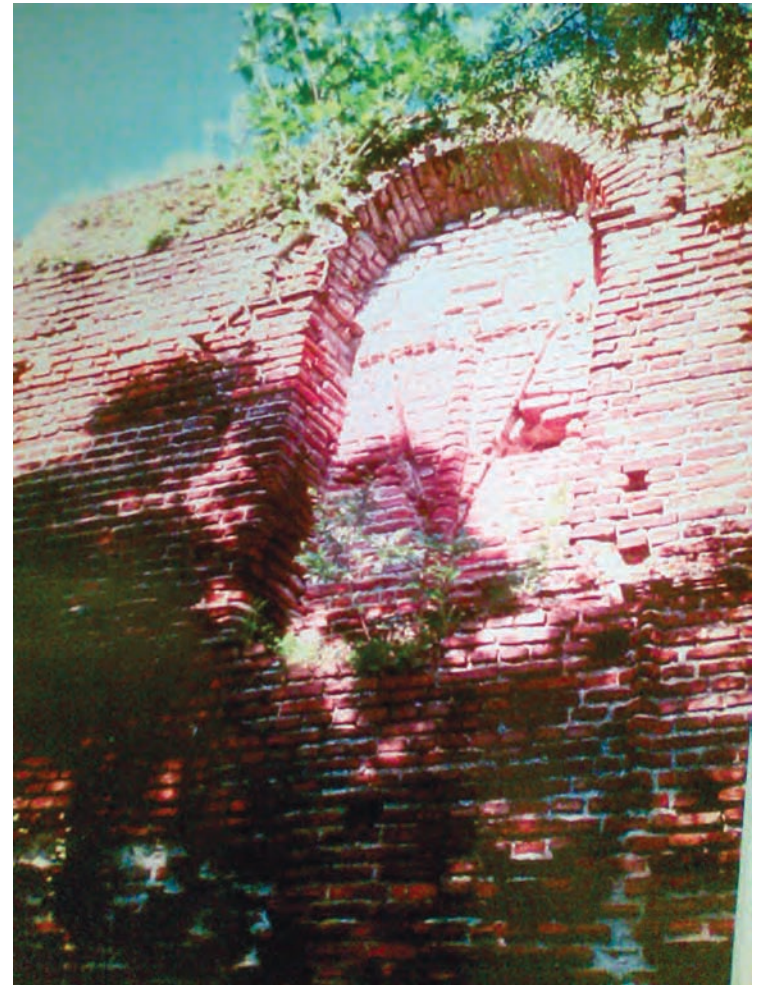
Frederick Catherwood - Casa de las monjas , mascarón y estela
Siglo 1844 - Colección privada

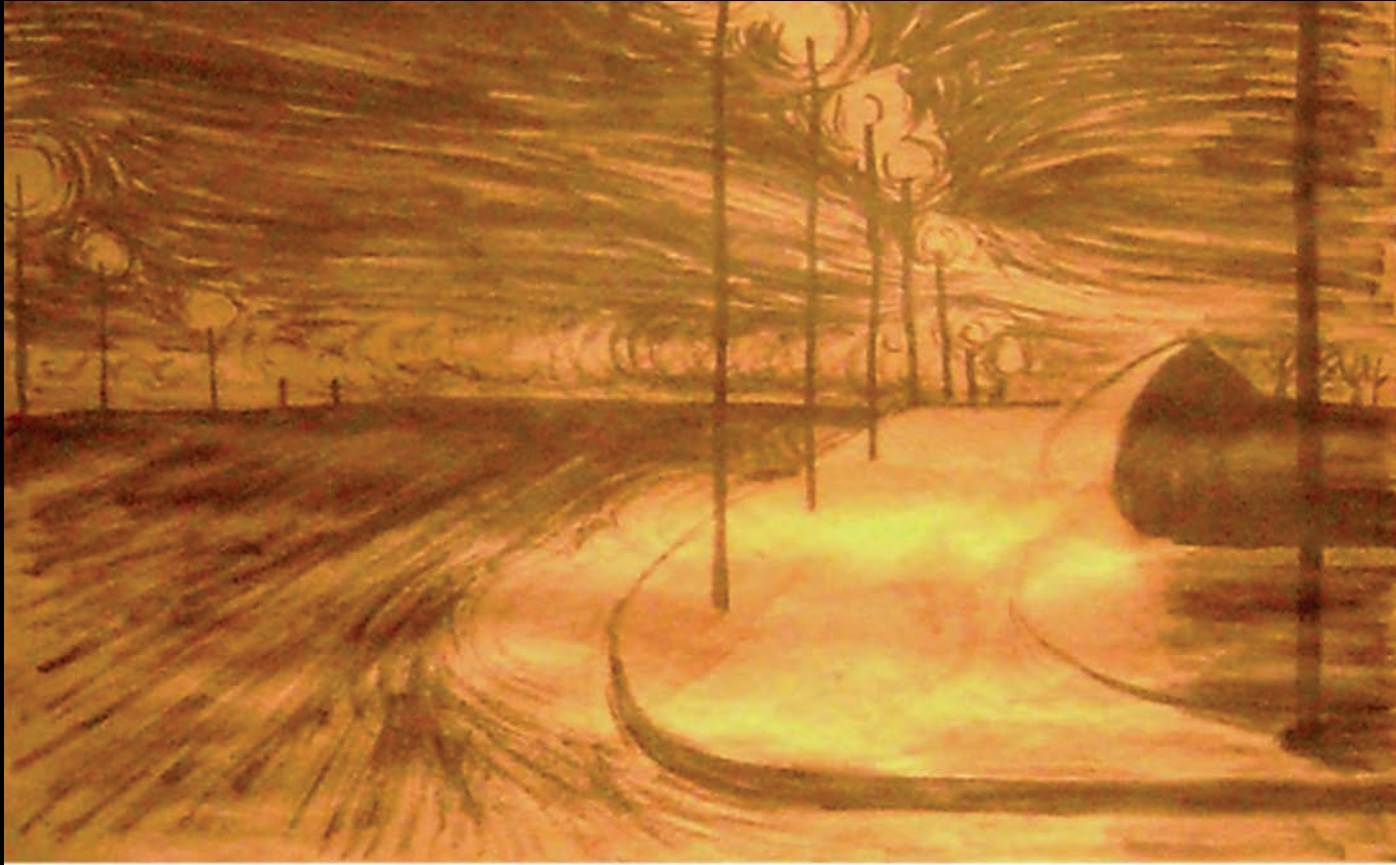
Miguel Ortiz Villacorta - Parque de Chapultepec
Óleo sobre lienzo - cerca de 1930
Colección Nacional



Detalle de fachada iglesia de Caluco
siglo XVI - Fotografía - Colección privada

Anónimo - Paisaje de Río de Janeiro
Óleo sobre lienzo - Siglo XIX
Colección privada





Noé Canjura - Calle de París
Lápiz sobre papel - Cerca de 1960
Colección privada



Rosa Mena Valenzuela - Playa humorística
1983 - Colección MARTE



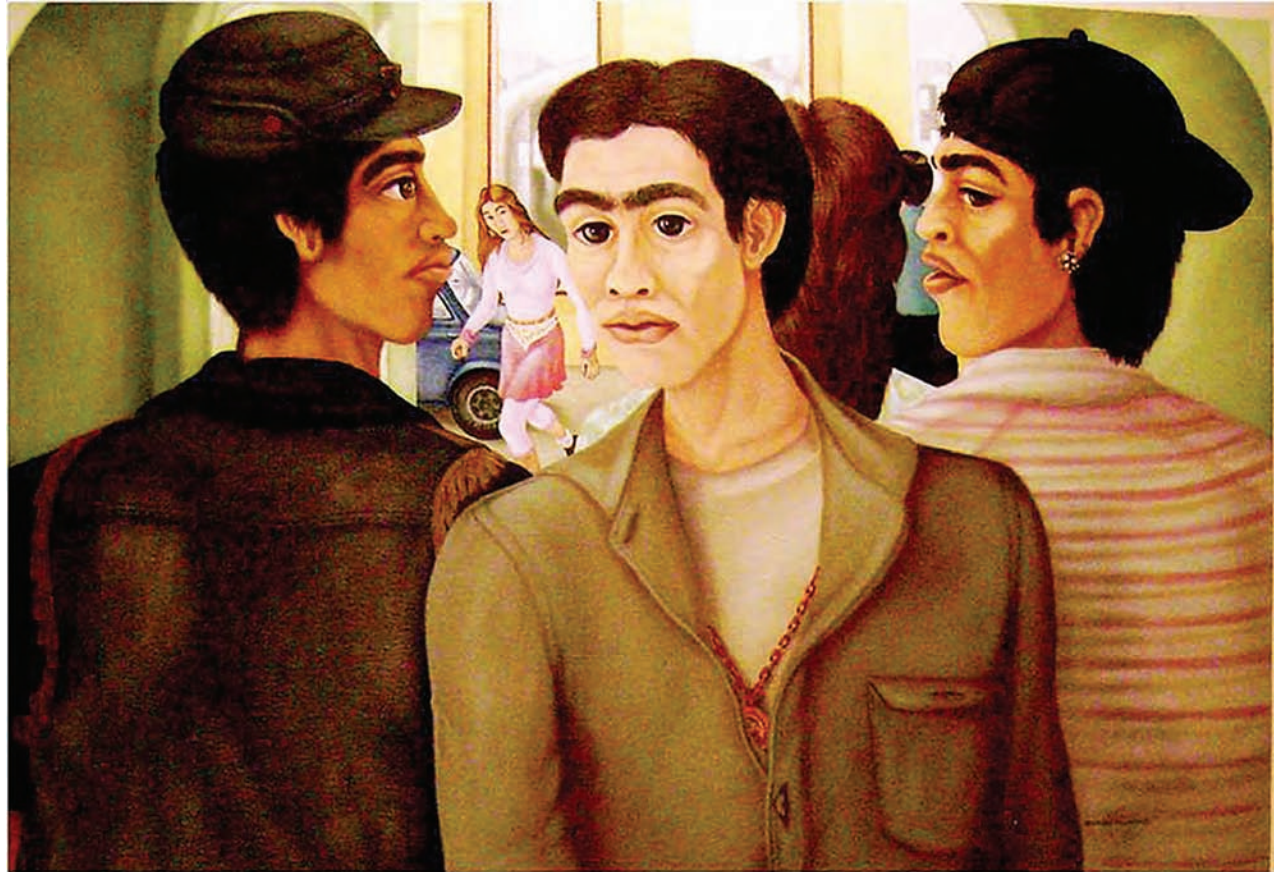
Ricardo Tomás Carbonell - Cúpulas
Óleo sobre lienzo - 1965
Colección del artista



Ronald Morán - Horizontes
Fotografía digital, 2006 - Colección privada



Anónimo
Bordado procedente
de un campo de
refugiados salvadoreños
en Honduras, 1980
Museo de Arte popular
Colección INAR



Armando Campos - Tres jóvenes en la ciudad
Acrílico sobre lienzo - 1994
Colección privada



German Hernández - Ojalá las cosas fueran más suaves
Fotografía trabajada
2008 - Colección del artista



Walter Iraheta - Super chica
Fotografía - 2007
Colección del artista



Carlos Barrios - Sidney, Australia
Óleo sobre lienzo - 2006
Colección del artista

Rufino Garay - Taller La Casita
Barro y pintura - 2001
Museo de Arte popular - Colección INAR



Nicole Schwartz - Sonata
Óleo sobre lienzo - 2006
Coleccion de la artista





Ana Lilian Henríquez
Proceso del mojado
Barro y pintura - 2001
Museo de Arte Popular - Colección INAR

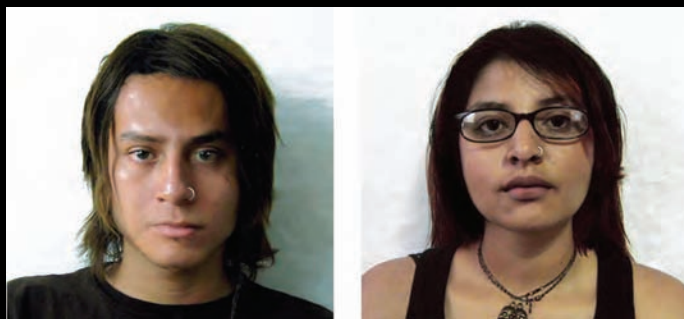
Taller Kiko de Antino Herrera
Los Dolphins - Barro y pintura
2001
Museo de Arte Popular - Colección INAR



Walter Iraheta - 12 casas de hermanos lejanos
2008
Fotografía - Colección del artista



Romeo Galdámez - Aquí nuevas identidades,
nuevos rostros
collage y técnicas mixtas - 2008
Colección del artista



Antonio Romero - Retratos inexistentes
Fotografía digital - Acrílico
2008
Colección del artista



V. Identidad



La identidad salvadoreña, con el resto de los países latinoamericanos viene de raíz indígena, tiene dos vertientes a menudo contradictorias: por un lado la tradición ancestral como el indigenismo y por el otro la tradición europea. Este dualismo es visto a veces como sincretismo cultural, y a veces como fenómeno divisorio. La verdad es que siempre ha existido cierto dualismo en algunos puntos relacionados con el ser salvadoreño, puntos que rara vez se discuten porque apuntan a cierta fragilidad que nos es evidente y pone en antecedente algunos problemas no resueltos aun con el pasado.

Si bien hay un sentido de identidad por factores culturales específicos como la comida, el trabajo artesanal o las tradiciones, también hay que reconocer que la sociedad salvadoreña nunca hizo un esfuerzo tangible por preservar los referentes o rescatar los factores que contribuirán a la formación del orgullo en relación a la historia, ni por idealizar un indigenismo ahora casi perdido para el cual prevaleció cierto menosprecio o en el mejor de los casos, una ambivalencia sobre-

entendida apuntando además al hecho de la pérdida de nuestros referentes arquitectónicos destruidos por los terremotos.

La identidad es un hecho vivo, que se esta transformando constantemente como nación joven que somos, nos encontramos en un proceso de cambio, de formación y consolidación de arco tipos y valores que van evolucionando con el tiempo.

El proceso migratorio que comenzara en los ochenta esta aún influenciando y separando el modo de ser, sentir y ver las cosas que simbolizaban "nuestra identidad tradicional", que fuera conformada por factores como el mestizaje, la posición periférica durante el periodo del Virreinato, la cultura del café, influencias europeas, la proximidad con México y nuestra movilidad dentro de la región centroamericana.

Las nuevas influencias y valores proceden mayormente del proceso de globalización, del acceso inmediato y excesivo a la información

internacional, a la facilidad de movilización y al hecho de que los salvadoreños han asentado sus hogares alrededor del mundo adoptando las formas de vida y nuevas ideas prevalentes del país de residencia.

Es este el momento especialmente importante para hacer un alto en el camino, y tratar de reflexionar sobre nuestro pasado y nuestro futuro.

Pronto, en un par de generaciones, muchas de las tradiciones que todavía tenemos por “salvadoreñas” habrán desaparecido, este es un hecho ya iniciado que constituye un proceso probablemente irreversible. El estar concientes de esto permitirá realizar que la necesidad de reinterpretar el pasado, redescubrir nuestros verdaderos símbolos, y las figuras icónicas de nuestra historia y nuestra cultura para preservar algunos referentes históricos, documentar y registrar algunas tradiciones, usos y costumbres que pierden vigencia aceleradamente en contacto con la contemporaneidad.

